

El Punt Avui

Cultura

Barcelona - 22 octubre 2020

NÚRIA GÜELL

“Tot l’art és polític”

Autora de la entrevista: **Maria Palau**

Arte comprometido y de denuncia hay mucho, pero que llegue hasta las últimas consecuencias, mucho menos. Núria Güell (Vidreres, 1981) traspasa ese límite con una práctica artística que desmenuza las fronteras con el activismo. Sus proyectos se nutren de la suciedad que el sistema político y económico esconde bajo la alfombra. Siempre conviene escuchar a los artistas. Y más en tiempos de tanto ruido vacío.

¿Cómo está viviendo toda esta situación?

Hay momentos para todo, pero, en general, con preocupación. No tanto por el virus como por la pandemia. Es decir, por la gestión política y social del virus, por la narración que se construye. Aunque podríamos pensar que el Estado se ha creado como entidad protectora, una vez en funcionamiento, como todas las entidades y dispositivos cargados de poder, lo que quiere es sobrevivir, gobernar, no proteger. Cuando al Estado le toca proteger, lo hace con incomodidad, no forma parte de su idiosincrasia o naturaleza, por decirlo de alguna forma. Ya lo hemos visto. Aquello que le es más propio es su conservación.

¿La Covid-19 hará cambiar el mundo? ¿O este mundo no se puede cambiar?

A *grosso modo*, aunque cualquier cultura tiende a su conservación, siempre está en movimiento, se va adaptando o actualizando a los tiempos. La crisis del 2008, por ejemplo, cambió algunos dispositivos e instituciones y los movimientos que generaban, pero la crisis de 2008 fue una consecuencia, y los cambios que generó también, de forma que se puede decir que no hubo ruptura sino continuidad o adaptación. Con la pandemia pasa lo mismo. Ahora bien, al menos en nuestro contexto, más allá de que la producción y el consumo continúan encontrando la manera de seguir su curso, adaptándose a las nuevas medidas protocolarias y dejando de lado a las iniciativas más humildes, hay algo que me parece que está dejando huella en los cuerpos y, tal vez, cuando queramos volver atrás ya será demasiado tarde. Ahora mismo, abrazarse en el espacio público, tocar al otro o alargar la mano está criminalizado por buena parte de la población. No es poco. De hecho, la decisión de llamar "distancia social" a la supuesta necesidad de distancia física entre los cuerpos es muy reveladora. A eso me refería con la construcción de la narrativa de la pandemia. El impacto que ha tenido en las formas de vida me parece brutal. Respecto a si este "mundo" se puede cambiar... Supongo que quieres decir si las desigualdades y las injusticias desaparecerán en alguna época venidera. Hoy por hoy, tampoco nada apunta hacia una ruptura. Parece

que el sujeto humano no se sentirá jamás satisfecho, que es inconsolable, siempre querrá más, como el poderoso.

El sueño húmedo del capitalismo fascista es una sociedad con miedo y sin esperanza. ¿Vamos hacia ahí? ¿Ya estamos en ello?

Ups, el "capitalismo fascista", sea lo que sea, no es un sujeto y, por tanto, no puede tener sueños húmedos, pero entiendo que te debes referir a las personas que hay detrás, a los políticos que forman parte de lo que se llama populismo de derechas o extrema derecha. ¿Sí? ¿Crees que Bolsonaro o Trump tienen sueños húmedos pensando en una sociedad con miedo y sin esperanza? Yo no lo creo. Yo creo que lo que quieren es conservar y acumular poder, y que no piensan mucho en "la sociedad" si no es como herramienta para alcanzar sus objetivos. Pero volviendo a la pregunta, no tengo claro qué es eso del "capitalismo fascista". Sí creo, como algunos pensadores, que sea lo que sea este sistema de acumulación por desposesión llamado capitalismo se parece mucho a una religión. Se nutre del goce imposible de saciar que caracteriza al sujeto. Por lo tanto, veo difícil que salgamos de su rueda infernal sin antes cambiar al sujeto. Y en cuanto al adjetivo *fascista*, me vienen a la cabeza estas palabras de Mussolini que utilicé en la versión italiana de una de mis piezas: "En la doctrina fascista, el pueblo es el Estado y el Estado es el pueblo. Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado." Que familiares nos suenan hoy en día, ¿no?

Hablábamos del uso político del miedo y de la desesperanza.

El poder necesita infundir miedo y respeto, creo que es una herencia del "temor de Dios". El miedo forma parte de las relaciones de poder. No toda la sociedad es fiel al mismo poder, y los ciudadanos fieles pueden dudar también, y, para asegurarse el respeto y evitar posibles revueltas, el poder tiene que infundir miedo. Ahora mismo estamos viviendo una revitalización de las políticas autoritarias y de control social, un recorte de derechos civiles y de libertad de expresión que años atrás se verían intolerables, pero justamente se sostienen por el miedo. Miedo al castigo. Medidas de control vendidas como medidas sanitarias. Servidumbre voluntaria en nombre de la seguridad. ¿Vivimos, como dice Agamben, en un estado de excepción permanente? No lo sé, todo esto es complicado. En estos momentos estoy investigando sobre la aclamación como el otro pilar fundamental del poder. Sin reconocimiento y aclamación ningún poder aguanta. Aclamar un poder es el requisito para que éste perdure a lo largo del tiempo, y, después, viene la fuerza, la violencia. El ejercicio que el poder aplica sobre el sujeto no suele ser vivido por éste como una dominación; al contrario, muchas veces se vive como lo que da sentido a su existencia. Es lo que suele ocurrir en la relación con los dioses. Te ordenan, te dan miedo, los tienes que aclamar, pero al mismo tiempo dan un sentido a tu existencia. A cambio del miedo y de la aclamación te ofrecen un destino, unos objetivos de vida. En este sentido, es importante reconocer la responsabilidad y / o complicidad que cada uno de nosotros tenemos con los sistemas que nos dominan. En cuanto a la esperanza que, según el enunciado de la pregunta anterior, el "capitalismo fascista" pretende eliminar, bueno, no lo creo. El capitalismo, sea lo que sea, al igual que el fascismo, necesita esperanza -*make America great again*-, que los ciudadanos crean en sus objetivos y en sus promesas. La esperanza y los deseos lo nutren; por tanto, no le interesa una sociedad sin esperanza. A un poder que

no alimente la esperanza le queda poco tiempo de vida. Particularmente, sobre el tema de la esperanza, me quedo con uno de los *presentimientos* del colectivo *Espai en Blanc* -que también utilizó el colectivo Democracia en una de sus piezas-: "La mejor lucha es la que se hace sin esperanza. "

Para el sistema, hay vidas que valen más que otras. ¿Qué podemos hacer para ser más interdependientes y ayudarnos?

En una sociedad articulada por el poder siempre habrá vidas que valgan más y vidas que valgan menos. El poder implica la falta de poder; donde hay poder, hay abuso de poder. Quiero decir que donde hay poder hay jerarquía, amigos y enemigos del poder, y alguien siempre saldrá perdiendo. Y sí, ahora se habla mucho de la interdependencia, los cuidados y autocuidados, y es un tema complejo y delicado, porque estamos en el terreno de los significantes o de las palabras fetiche, como las llaman algunos pensadores. Ya sabemos que un mismo significante se utiliza para expresar significados muy diferentes. Un ejemplo: al cabo de una semana de decretar el estado de alarma, los poderes financieros ya utilizaban estos mismos significantes para vender sus nuevos productos, productos que resultarían necesarios para buena parte de la población en la crisis económica que auguraba la "nueva normalidad" por venir. Este punto de coincidencia entre los eslóganes de la banca y las consignas populares me parece alarmante, sospechoso al menos. Es un tema que se encuentra más cerca de las creencias que del pensamiento, y en ese sentido, nada que decir. Lo que quiero decir ya lo intento hacer a través de mi trabajo. No tengo una respuesta directa a tu pregunta, pero, aunque lo que te voy a decir puede parecer que no tiene nada que ver, creo que quizás nos iría mejor si nos diéramos menos importancia. Esta obsesión por el nombre propio, que es una obsesión del orden del sujeto, ¿no nos resta mucha más potencia de la que nos aporta?

¿Esta crisis le ha hecho pensar en el papel del artista hoy?

No. Pero de todo lo que he visto y he leído en relación con el mundo de la cultura me quedaría con el [manifiesto](#) que hicieron y difundieron desde la *Cooperativa la Murga*, en el que defienden que la mejor política social y cultural es la renta básica universal incondicional.

Què pot oferir l'art al nou escenari?

Depèn del que s'entengui per art, perquè sabem que tampoc hi ha un consens sobre el seu significat. Jo em sento més a prop dels teòrics que consideren la pràctica artística com una pràctica anticultural, que qüestiona la cultura i les seves convencions i conviccions, per això es diu que transforma o pot transformar i, des d'aquest punt de vista, la funció de l'art no canvia depenent dels canvis a l'escenari, és la mateixa. Però soc conscient que, majoritàriament, l'art s'entén com un suport estètic, moral i emocional de diferents tipus de poders. Aquest seria un art més aviat conservador, no en el sentit polític del terme, sinó en el sentit que intenta preservar i potenciar determinats valors comunitaris, que poden ser valors progressistes. S'assembla bastant a la propaganda però, en lloc de marques, mercaderies o productes, es publiciten valors, encara que sigui el valor de l'art. L'art que a mi m'interessa, a partir de la llibertat que fonamenta l'exercici creatiu, és el que em sembla que pot aportar la possibilitat de fer-nos noves preguntes,

preguntas que fins ara ens han semblat inimaginables i que podrien desafiar la monopolització de la descripció del món que tenim interioritzada culturalment.

¿Qué puede ofrecer el arte en el nuevo escenario?

Depende de lo que se entienda por arte, porque sabemos que tampoco hay consenso sobre su significado. Yo me siento más cerca de los teóricos que consideran la práctica artística como una práctica anticultural, que cuestiona la cultura y sus convenciones y convicciones, por eso se dice que transforma o puede transformar y, desde este punto de vista, la función del arte no cambia dependiendo de los cambios en el escenario, es la misma. Pero soy consciente de que, mayoritariamente, el arte se entiende como un soporte estético, moral y emocional de diferentes tipos de poderes. Este sería un arte más bien conservador, no en el sentido político del término, sino en el sentido de que intenta preservar y potenciar determinados valores comunitarios, que pueden ser valores progresistas. Se parece bastante a la propaganda pero, en lugar de marcas, mercancías o productos, se publicitan valores, aunque sea el valor del arte. El arte que a mí me interesa, a partir de la libertad que fundamenta el ejercicio creativo, es lo que me parece que puede aportar la posibilidad de hacernos nuevas preguntas, preguntas que hasta ahora nos han parecido inimaginables y que podrían desafiar la monopolización de la descripción del mundo que culturalmente tenemos interiorizada.

Y lo que tampoco sé si puede (o si quiere) cambiar es el sistema del arte. Le he oído decir que el formato expositivo no le entusiasma demasiado. ¿Cuál sería el modelo ideal para presentar sus trabajos?

El formato expositivo me desmotiva un poco, sí. El cubo blanco puede ser muy blanco y al mismo tiempo puede estar cargado de presuposiciones. Será blanco, pero blanco no significa neutro o puro. Sabemos cuál es el origen de los museos, la exhibición de objetos de valor y, de momento, no han conseguido desprenderse de ese origen. Mis trabajos están muy ligados a mi experiencia, a mi práctica vital, por decirlo de alguna forma, y eso no es fácil de representar: crear un objeto autónomo respecto a la experiencia vivida, no mostrar solo una representación. Sigo aprendiendo a hacerlo, y me imagino que este aprendizaje no acabará nunca. No tengo claro cuál sería el modelo ideal de presentación, como dices. Quizás charlar sobre la obra, explicar cómo fue todo el proceso y mostrar algunos de los rastros que ha dejado. O utilizando el cubo blanco pero yendo más allá de la contemplación. Esa es otra línea de trabajo que he puesto en práctica en algunos de los últimos proyectos y con la que me siento mucho más cómoda.

En una entrevista, cuando se le preguntó por su obra, Foucault contestó que no había escrito ningún libro sin que sufriera, de algún modo, una experiencia personal directa, y que dicha experiencia le empujaba a tomar el camino hacia una transformación. Entonces, continuaba diciendo que su trabajo consistía en hacer que este camino no solo fuera accesible para él, sino conseguir que también lo fuera para los demás, para los lectores. En mi trabajo funciono de forma similar. En todas mis obras he vivido una experiencia que me ha determinado unos cambios, una transformación, y lo que intento al formalizarlas es que esta experiencia también se haga accesible a los demás, y que después cada cual haga lo que quiera, o lo que pueda. ¿Se entiende por qué la

representación para mí queda fuera del campo de juego? Imagino que de aquí proviene mi incomodidad y, a veces, torpeza con el formato expositivo convencional.

¿Teme que empeoren las condiciones laborales de los artistas?

La profesión de artista es una profesión extraña, endémicamente precaria. Hay poca demanda, mucha competencia y, sobre todo, un componente romántico en su concepción que facilita la explotación y la autoexplotación. Pero lo que me gustaría llevar a debate es que creo que, si cambiáramos algunos parámetros asumidos, las condiciones laborales del artista podrían mejorar. Hace poco preparé una conferencia para el Seminario Internacional *Prekariat* de Bilbao que se titula [El artista y el frutero](#), donde intento abordarlo. Para dar unas pinceladas, en la conferencia digo que quizás los artistas equivocamos nuestro objeto público a la hora de intentar establecer un estatuto profesional que nos satisfaga mínimamente.

El Ayuntamiento de Figueres censuró hace cinco años la acción que planteaba con Levi Orta para el festival Ingràvid, un coche decorado con motivos franquistas. Finalmente, ha circulado por las calles de Lleida en el marco de la exposición de la colección de Tatxo Benet en La Panera. Hablamos mucho de censura, pero y la autocensura, ¿la ha normalizado el mundo del arte?

Uf, que difícil. A ver... ¿Qué se entiende popularmente por censura? Un poder considera que se tiene que retirar algo determinado del espacio público, o que no tiene que llegar nunca. Esto es lo que ocurrió en Figueres. Desde el Ayuntamiento (un poder, concretamente el de la alcaldesa) se consideró que esa obra no tenía cabida en el espacio público que se encontraba bajo su dominio. Igualmente, sabemos que el encargo forma parte de las industrias culturales. Yo recibo encargos más o menos abiertos por parte de instituciones o comisarios. ¿Los tengo que rechazar si no me aseguran libertad total? Creo que no. Se debe negociar, poner límites. Pondré un ejemplo. Si una institución me contrata para que haga un trabajo sobre la comunidad, y la propuesta que les hago, por el motivo que sea, no la consideran adecuada a la imagen de comunidad que tenían en mente y me piden que les haga otra propuesta, ¿se trataría de censura? ¿Me estarían censurando? La institución tiene el poder y mi subsistencia depende de sus demandas. ¿Les debería decir "o esta o nada" y quedarme sin trabajo? ¿Es el trabajo del artista una especie de escuela de martirologio? Cuando se puede, se debe negociar. Y cuando no se puede, hay que intentar incorporar esta imposibilidad a la obra. Por este motivo, las instituciones y su funcionamiento, muy a menudo, acaban formando parte de mis obras, son un elemento más que entra en juego. Lo que quiero decir es que me parece que hay muchas más prácticas censoras aparte de las que habitualmente salen a la luz, que suelen ser solo las explícitas.

¿Las represalias hacia los trabajadores de la cultura irán en aumento?

Sí, en la misma proporción que aumentan los delirios de verdad, ya sea por parte del poder o de diferentes comunidades. Este hecho no es nuevo. Cuando hice los proyectos sobre el sistema financiero ya me llegaron amenazas. De eso hace diez años, y vemos que esta práctica va en aumento. No son pocos los creadores y las creadoras que se enfrentan a estas consecuencias por hacer su trabajo, pero también afecta a

cualquier persona con presencia o proyección pública. El ojo inquisidor domina el espacio público, nos encontramos en un momento en que el escrutinio de los significantes empleados en las redes sociales crece exponencialmente.

¿Qué significa arte político? ¿No es una etiqueta demasiado ambigua? Quiero decir: ¿hay algún arte inocuo, incluido el decorativo? Además, dentro del cajón de arte político se pone de todo: un arte político de feria, un arte político que espectaculariza el dolor ajeno...

Todo el arte es político. Diría más: todo lo que ocurre en el espacio público es político, incluso la intimidación es política, implica un posicionamiento ético, se pone en juego políticamente. El ser humano tiene que pensar cómo relacionarse con el entorno para poder existir, por eso creo que tenemos una existencia política, debemos pensar nuestra forma de vivir, construir una ética. Pero esta vida política no necesariamente debe tener ningún tipo de relación con partidos políticos, ideologías o comunidades, se trata más bien de una problematización de la existencia, de un cuestionamiento ético. Encuentro que es importante diferenciar la ética de la moral. La moral siempre es colectiva, te viene dada, forma parte de la esfera del dogma. En cambio la ética siempre es personal, cada uno debe construir la suya, ya que es la única manera de poder responsabilizarte. Si no, nos encontramos en la esfera de la moral y la obediencia. La ética es a la moral lo que el arte es a la cultura.

¿En qué proyecto trabaja actualmente?

Tengo diferentes proyectos. Estoy preparando uno nuevo para el Festival Escena Poblenu. Vaya, estoy ya con el segundo proyecto para este festival, ya que el que tenía concebido y cerrado, y que se titulaba *Un evento público*, cayó hace dos semanas. Había entablado una colaboración con un servicio de los que ofrece el Ministerio de Defensa, y venían con mucha ilusión, pero la Jefatura del Estado hace pocos días me comunicó que se suspendía "hasta nueva orden". También anularon el que tenían previsto para el 12 de octubre. Aquel día lo anularon todo, por la situación de la pandemia, y yo me quedé sin obra. Así que estoy con el plan B, al cien por cien. Tiene que ver con la aclamación, como te he comentado antes. También sigo repensando la cuestión de la identidad nacional, al mismo tiempo que la de las identidades de género sexual. Como puede sospechar cualquiera que conozca mi trabajo, me parece urgente superar las clasificaciones identitarias. Sobre eso estoy trabajando de cara a mi participación en la bienal *Momentum* de Noruega. Dentro de un mes inauguro en Berlín un proyecto que hice durante el confinamiento, en relación con los cuidados, pero no desde la perspectiva dominante en el discurso actual. Tengo varias ideas en la cabeza, pero, para resumir, diría que lo que todas tienen en común es que analizan el Estado y que cuestionan los pilares y las creencias que éste necesita para sostenerse.

Háblenos del proyecto que hará en el Festival Escena Poblenu este sábado (en el patio de Can Framis, 11.30 h).

Es un tema delicado, porque mucha gente se implicó: los aplausos durante el confinamiento. A mí me chocaba muchísimo que, en medio de todo lo que estaba

pasando, la única reacción pública de la gente fuera salir a aclamar. También me preguntaba si los aplausos eran un tema de clase social. En teoría se aplaudía a los sanitarios, pero a mí siempre me daba la sensación de que se estaban aplaudiendo a sí mismos. Algo de esto veo también en los aplausos en general. Tenemos tan interiorizado el tema de la aclamación que se hace muy difícil saber qué hay detrás. ¿Por qué los dioses necesitan tanto la aclamación, ya sea explícita o en forma de sacrificio? ¿Cuál es la relación entre la aclamación y el poder? ¿Y entre la aclamación y el pueblo? De eso va. La pieza se titula *La voz del pueblo* y es muy sencilla: he invitado a los vecinos de Poblenou a hacer el aplauso mayor duración del Estado. El récord ahora lo tiene el Teatro Real de Madrid y es de 30 minutos. El espectáculo será más lo que pase fuera del escenario que sobre él.

¿Sintoniza con la escena artística de Barcelona?

Me siento cercana a compañeras y compañeros que forman parte de la escena artística de Barcelona, sí, igual que de las de Madrid y La Habana.

Entrevista traducida con el soporte de:

 **institut
ramon llull**